**43. Sepan vivir la realidad desde su fe.**

*“La comunidad cristiana no se debe negar a encarnarse en la realidad del pueblo. Al contrario, no sería buen cristiano el que no vive la realidad de su país; pero sepa vivirla desde su fe. ….. Yo creo, hermanos, que en esto está, precisamente, el conflicto de nuestro país: en que todos los salvadoreños son bautizados, pertenecen a este pueblo sacro, pero en la práctica se olvidan. Por eso, las comunidades eclesiales de base, en nuestro tiempo,* *están tratando de despertar el verdadero compromiso del bautismo y sentir el orgullo santo de pertenecer, pues, a este “pueblo elegido de Dios, pueblo sacro y amado.”*

En el apartado “la familia, iglesia doméstica de Cristo” de su homilía, Mons. Romero reflexiona sobre el papel de la familia como la célula eclesial. Esas células integran comunidades eclesiales de base y éstas integran la parroquia, luego la Iglesia que es la arquidiócesis. Paso siguiente aclara la diferencia entre “pueblo” y “pueblo de Dios” e insiste que la comunidad cristiana (o sea el pueblo elegido de Dios) “*tiene que santificar, iluminar, orientar, acompañar al pueblo en general, pero sin confundirse con el pueblo en general, siendo fermento sin perder su fuerza de fermento*”

Monseñor había visto que muchos miembros de las comunidades eclesiales de base se estaban integrando en las organizaciones populares políticas. Se alegraba por ese compromiso y animaba a ser buen cristiano encarnándose en la realidad histórica del pueblo. Es imposible ser verdadero cristiano si no se asume la responsabilidad histórica en los procesos del pueblo. Dirigiendo esta luz de Romero hacia nuestra realidad de hoy observamos más bien que el pueblo salvadoreño aún no ha recuperado ni su proceso de concienciación crítica, ni de organización popular. De ahí que la gran mayoría de las y los cristianos no tiene participación política en la realidad. El ocasionalmente participar en alguna manifestación con una gran diversidad de intereses y de demandas sociales, económicas y políticas no basta para ser “fermento” en el pueblo. Como lo hemos mencionado en alguna reflexión anterior, urge que la Iglesia retome a todo nivel la metodología del VER-JUZGAR-ACTUAR-EVALUAR-CELEBRAR. Urge que desde las bases en la Iglesia se genere diálogos con ese método liberador tan comprobado: diálogos acerca de los acontecimientos políticos, los problemas económicos y sociales, los problemas vividos por el mismo pueblo. Desde ahí y alimentados por su fe, las y los cristianos podemos y debemos “*santificar, iluminar, orientar, acompañar al pueblo en general”.*

Luego Monseñor Romero considera que vivimos tiempos donde las mayorías han sido bautizados, pero que muchos se han olvidado de su bautismo que queda reducido a un papel “fe de bautismo”, sin significado alguna en su vida diaria personal, familiar o como pueblo. Las comunidades eclesiales de base que Monseñor Romero conocía estaban “*tratando de despertar el verdadero compromiso del bautismo y sentir el orgullo santo de pertenecer, pues, a este “pueblo elegido de Dios, pueblo sacro y amado.”* Lastimosamente las diócesis en El Salvador (y en la mayoría de los países latinoamericanos) abandonaron ya hace tiempo el modelo de Iglesia que nace con las comunidades eclesiales de base. No están en sus planes pastorales. Otras experiencias comunitarias enfocan más bien vivencias intra eclesiales, meramente personales, carismáticas, espiritualistas y no pocas veces tremendamente conservadoras. Leer la importancia de la Iglesia en el mundo a partir del número de bautizados (1.300 millones de católicos, según las últimas cifras) es un grave error.

Mientras las Iglesias bautizan a niños/as solamente porque mamá y/o papá (y padrinos/as) están presentes en alguna charlita doctrinal (y a veces ni esto, con tal que estén bautizados/as), las grandes mayorías de católicos seguirán olvidándose de sus compromisos bautismales. Hemos llenado muchos libros bautismales y hemos administrado muchas “fe de bautismo”, pero no nos hemos preocupado por despertar la plena conciencia de fe, ni por contagiar la vivencia del *“orgullo de pertenecer a este pueblo de Dios*”, la felicidad de ser cristiano comprometido en el camino de Jesús. En realidad de nada sirve haber sido bautizado sin asumir valientemente los compromisos fundamentales de la unción como profeta, sacerdote y rey, del bautismo con agua como miembro real de la Iglesia que bajo la fuerza del Espíritu quiere ser signo e instrumento del Reino de Dios. Y esto se hace en la realidad histórica de la cada pueblo y del mundo entero. Esto se hace a partir de la vida de quienes sufren hambre y sed, de enfermos/as, migrantes / refugiados, encarcelados. Este compromiso bautismal se vive en la dimensión económica, social y política como promotores/as convencidos de “salud”, “pan” y “educación”. Al leer los evangelios vemos con claridad dónde estaban las prioridades de Jesús: curar heridas y dolencia, dar de comer y compartir la comida, generar una nueva conciencia en su pueblo con su nueva enseñanza con autoridad.

No podemos estar en todas las trincheras, pero sí no estamos en ninguna, de hecho dejaremos de ser cristianos. Es lo que Jesús mencionó como la sal que no tiene sabor y de nada sirve. Nos toca a cada uno/a de nosotros/as ubicarnos, con nuestros dones y capacidades, en alguna dimensión de esa lucha por la vida, esa construcción del Reino de Dios. De nada nos sirve contar con “fe de bautismo” si no somos testigos del Evangelio en la realidad histórica de nuestro pueblo. No tengamos miedo.

**Sus hermanos Tere y Luis Van de Velde**

**Reflexión para el domingo 26 de diciembre de 2021.** Cita de la homilía de la eucaristía del domingo de la sagrada familia, Ciclo C, 30 de diciembre de 1979. Homilías, Monseñor Oscar A Romero, Tomo VI, Ciclo C, UCA editores, San Salvador, p.119.